



RUMENA BUŽAROVSKA
TONI

Traducción del macedonio a cargo de Krasimir Tasev

IMPEDIMENTA

I

Toni oyó el rugido de sus tripas hambrientas. La hora de la comida había pasado hacía rato, pero su hijo y su chica seguían chapoteando en el mar, más caliente que la orina. Cada vez que la llamaba «chica» en voz alta, le saltaba una alarma en el cerebro recordándole que Tamara bajo ningún concepto podía considerarse una chica a su edad. No obstante, continuaba llamándola así: «mi chica». Sonaba como si ambos todavía fuesen jóvenes.

Con el agua por las rodillas, Tamara se había inclinado ligeramente sobre el pequeño, que daba manotazos de pánico en la superficie porque sus torpes músculos todavía no le servían para nadar.

—Ánimo, T.J. —le alentaba ella—. ¿Ves? ¡Estás nadando tú solo!

Tamara estaba mirando al mar, y cuando Toni se le acercó desde atrás para preguntarle cuándo iban a comer, volvió a fijarse en los michelines que se le habían formado en las caderas en los últimos dos años y comprobó por enésima vez, con la habitual decepción, lo plano que tenía el trasero.

—¡No gritéis tanto, hombre! —les regañó.

El mar le mojó los dedos, y los pies se le hundieron en la arena.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! —chilló con fuerza T.J., aunque su padre no estaba muy lejos de él—. ¡Mírame! —gritó, y de nuevo se puso a chapalear en el agua.

—Muy bien, hijo, estupendo, pero no grites tanto —dijo Toni, dando media vuelta—, ¡qué vergüenza!

—¡Qué va a ser una vergüenza! —le replicó Tamara—. No es más que un niño. Hay un montón de niños en la playa.

—¿Voy a por comida? —Toni decidió no discutir con Tamara porque el estómago volvió a recordarle que estaba vacío—. Son ya las cuatro pasadas.

—Ve —repuso Tamara sin mirarlo—. ¡Levanta la cabeza para no tragar agua! —le gritó al niño.

Toni se encaminó hacia las tumbonas para sacar dinero del bolsillo de sus pantalones cortos, colgados bajo la sombrilla. Deja de pegar voces, por Dios, pensó. ¿Quieres ser como todos los demás palurdos de la playa? Míralos, gente de tercera, macedonios, serbios y griegos muertos de hambre. ¿Tú también quieres ser una persona de tercera o qué?, discutía con ella en su fuero interno mientras buscaba pequeños billetes de euro en el bolsillo. Se dio cuenta de que no le había preguntado qué prefería, si *gyros* o pizza, pero ya estaba a medio camino hacia las tres filas de edificios blancos, paralelas a la playa, que formaban el centro del pueblecito al que habían ido de vacaciones. Allí estaban las dos tabernas, los dos establecimientos de *gyros* y una de las pizzerías que vendían pizzas al corte.

* * *

La misma tarde en que llegaron al pueblo, nada más hincarle el diente a la ración de pizza que habían comprado, la dentadura superior se le había quedado atascada en una de las tres rodajas gruesas y duras de salchicha kulen esparcidas de forma irregular sobre el queso fundido. Se apresuró a meterse otra vez el pedazo

de pizza en la boca, en un intento de volver a fijar las muelas postizas en la encía.

—¡Coño! —gritó cuando consiguió solucionar el problema.

—¡Ja, ja, coño! —repitió T.J.

—¿Estás bien? —Tamara lo miró preocupada.

—Precisamente ahora tenía que pasar... —refunfuñó Toni y, con la boca cerrada, se revisó la dentadura superior con la lengua. Tenía la vista clavada en un punto lejano detrás de Tamara.

—¿Has conseguido fijarla? ¿No se te cae? —preguntó Tamara, con una leve nota de pánico en la voz.

—Solo me faltaban tus comentarios para terminar de crisparme los nervios —rugió Toni—. Sí, la he fijado. La cola no pega bien. Ahora por fin no se mueve, ya está.

—¡Coño, coño! —volvió a gritar T.J., aún más fuerte.

—Bueno, solo era una pregunta —dijo Tamara en voz baja.

—¡Su puta madre, puta mierda de pizza, joder! —rugió Toni tirándola al plato de papel, que estaba ligeramente inclinado sobre la tumbona.

La pizza se salió del plato y fue a parar muy cerca de un montoncito de arena. Tamara se puso de pie para devolverla al plato.

—¡Coño, coño, coño! —repitió T.J., sonriendo de oreja a oreja y mostrando los dientes manchados de chocolate.

—¡Te voy a dar yo coño! —lo amenazó Toni y volvió a coger la pizza, mordiéndola con cuidado por donde no había salchicha. El puente permaneció en su sitio—. Venga, a comer, si quieres que te crezca el pito y puedas perseguir coñitos.

El niño soltó una carcajada abriendo mucho la boca, y Tamara aprovechó para meterle dentro un trocito de pizza mientras murmuraba con voz quejumbrosa:

—¡Toni, ya está bien! ¡Qué vergüenza!

T.J. masticaba con la boca abierta, haciendo ruido. Tamara se dirigió al niño:

—Nadie te querrá si eres un maleducado. Debes comer con la boquita cerrada y lavarte los dientecitos. No quieres que se caigan los dientes, ¿verdad?

—Como a papá, ja, ja —gritó el niño. Un par de migajas húmedas le salieron disparadas de la boca y aterrizaron sobre la rodilla de su padre.

Toni le lanzó una mirada a Tamara y se limpió la rodilla. Ella conocía muy bien esa mirada. Significaba que iba a castigarla por algo y que el castigo sería más grave que la falta, para que no se repitiera. También sabía que el castigo le llegaría más tarde, probablemente antes de acostarse, para que no pudiese dormir.

—Tamara —dijo Toni con tono inexpresivo y, ladeando la cabeza como si quisiera recordar algo, añadió—: Renacuajo, ¿cómo le decimos a Tamara cuando empieza a ponerse pesada?

—¡Ojalá Tamara no me cansara! —gritó T. J., abriendo mucho la boquita, llena de comida a medio masticar.

* * *

Toni llegó al establecimiento de *gyros* llamado Porky's, de cuya O asomaba un cerdito rosa guiñando un ojo y vestido con un delantal azul de carnicero. En el vano de la puerta colgaba una cortina de canutillos rojos. En el interior, caluroso y sofocante, apenas cabían tres personas. Delante de Toni hacían cola dos muchachos corpulentos con grandes tatuajes en las pantorri-llas: el del primero era un dragón, y el del segundo, una rodela con dos espadas cruzadas. Sus nuca sudorosas irritaron a Toni. El de la rodela y las espadas parecía dudar qué quería exactamente que le pusieran en el bocadillo, mientras que el otro estaba pagando en la caja. Entre la barra de cristal y el asador vertical, en el que giraba un enorme huso de carne, había dos hombres de mediana edad trabajando con diligencia, bañados en sudor, con gorros blancos, mascarillas blancas bajo la barbilla y delantales con el logo del cerdo alegre. El más bajo y regordete

bizqueaba de un ojo, por lo que Toni tardó un momento en darse cuenta de que se dirigía a él cuando, tras la salida de los dos muchachos, este lo miró y le dijo:

—*Oriste, parakaló.*¹

—Tres *gyros* —dijo Toni—. *One chicken.*²

—*This is Porky's, no chicken, my friend*³ —repuso el bizco.

Qué se le va a hacer, pensó Toni. Tamara siempre pide pollo por su dieta, pero si de verdad quiere adelgazar, que coma ensalada, sentenció en su fuero interno.

—*Okay, three porky gyros.*⁴

Con los dientes inferiores tanteó el puente delantero para cerciorarse de que estaba en su sitio.

—*What do you want, my friend?*⁵ —le preguntó el bizco, inclinado sobre las dos filas de ensaladeras de aluminio en la vitrina, con la pinza para ensalada en la mano.

A Toni le fastidiaba tener que pensar todo el tiempo en qué era lo que no comían Tamara o T. J. Él comía de todo, y en ese sitio hacía un calor infernal, así que no quería perder el tiempo dándole muchas vueltas.

—*Everything* —dijo, metiendo la mano en el bolsillo del bañador, abultado por las monedas—. *How much?*⁶

—*Three gyros, nine ninety, my friend*⁷ —dijo el bizco.

Toni por poco soltó un «¡Vaya!». La última vez que Tamara lo llevó de vacaciones a Grecia, el *gyros* costaba dos euros, dos cincuenta como mucho. El tintineo de la cortina de canutillos a sus espaldas lo sacó de sus reflexiones.

1. En griego: «¿Qué desea, por favor?». (*Todas las notas son del traductor.*)

2. En inglés: «Uno de pollo».

3. En inglés: «Esto es Porky's, no hay pollo, amigo».

4. En inglés: «Vale, tres *gyros* de cerdo».

5. En inglés: «¿Qué le pongo, amigo?».

6. En inglés: «De todo. ¿Cuánto es?».

7. En inglés: «Tres *gyros*, nueve noventa, amigo».

—*Kalispera*⁸ —dijo con tono afable el dependiente flaco, estirando tanto el cuello para saludar a quienes acababan de entrar que parecía una garza.

Toni giró la cabeza y vio a dos chicas jóvenes en bañador.

—*Kalispera* —contestaron las dos a la vez, sin sonreír ni quitarse las gafas de sol.

—*Gia sas!*⁹ —dijo Toni, porque no sabía muy bien lo que quería decir *kalispera*, pero las chicas no respondieron.

Una de ellas llevaba un bañador de una pieza color amarillo limón, con un escote profundo, casi hasta el ombligo, que se adivinaba bajo la fina tela. Tenía los pechos más pequeños que su compañera de atrás, quien lucía un bikini rosa, pero esta era más bajita y a Toni le pareció algo achaparrada, como si tuviera las piernas desproporcionadamente cortas con respecto al resto del cuerpo. La proximidad de la chica del bañador amarillo le recordó meter barriga y enderezar la espalda para parecer más alto. Y eso que era bastante alto, con unas manazas que ahora estaban llenas de monedas sudadas.

Como de costumbre, no se había llevado las gafas de cerca y no podía contar el dinero; además, tampoco quería contarlo delante de las chicas con aquel calor que de pronto le estaba haciendo sentirse viejo y pobre. El bizco le entregó los *gyros* con las dos manos, como si sostuviera tres cornetas que le quemaran los dedos, y Toni dejó todas las monedas sobre la barra.

—*Keep the change*¹⁰ —dijo, recogiendo los bocadillos.

Con aire despreocupado, se dirigió hacia la salida, pasando al lado de las chicas; consciente de su corpulencia, no hizo el menor amago de apartarse un poco, sino que las rozó ligeramente. Sintió la piel de la chica del bañador amarillo limón, tersa y húmeda.

8. En griego: «Buenas tardes».

9. En griego: «¡Hola!».

10. En inglés: «Quédese el cambio».

—*Effaristó polí, brother!*¹¹ —oyó decir a sus espaldas.

* * *

Regresó caminando por la arena llena de conchas y colillas que se le metían entre los sucios dedos de los pies. Se estaba quemando las plantas, lo mismo que las manos con los *gyros* humeantes, cuyo olor a salsa de tomate le daba directamente en la nariz. Quién sabe cuántos euros le habré dado al tipo con el ojo a la virulé, pensó, irritado por haberse gastado el equivalente de cuatro o cinco *gyros*. Los precios por las nubes y encima les dejó propinas excesivas, se reprochaba, caminando a grandes y furiosas zancadas. Pasó al trote entre las tumbonas con cuerpos humanos que le parecieron filetes de pollo hasta llegar a la orilla. El mérito de que dos días seguidos hubieran encontrado un sitio junto al agua era de Tamara, que se levantaba temprano por la mañana, despertándolo de paso también a él con su estúpida alarma, y salía corriendo a la playa para dejar las toallas sobre dos de las tumbonas mejor situadas; luego volvía a la habitación para prepararle el café a Toni y el desayuno a T. J.

Tamara seguía de espaldas a él, con las piernas abiertas y los brazos en jarras, mostrándole su culo plano. Ahora observaba a T. J. construir una torre de arena con la ayuda de una pequeña pala amarilla medio rota. Allí estaba, a la vez fofa y tersa, vergonzosamente blanca bajo el sol radiante. Su cuerpo imperfecto exasperó aún más a Toni.

—¡Tamara, T. J.! —los llamó.

En la playa había tanto bullicio de gente chillando y escuchando música con el móvil que tuvo que gritar más fuerte de lo que le parecía educado. Tamara se giró sin mover los pies, como un gusano de gominola.

11. En griego e inglés: «¡Muchas gracias, hermano!».

—¡Ñam ñam, llegó el *gyros*! —exclamó, tomando suavemente a T.J. del codo—. Venga, a lavar la arena de esas manitas y a zampar, que se nos va a enfriar la comida —le dijo con voz de bebé.

—¡Sí, se nos va a enfriar! —murmuró Toni—. A cuarenta y dos grados que estamos. Como mucho, se quedará seca y tiesa.

Se sentó con cuidado en la tumbona, con las piernas muy abiertas. Como las rodillas le dolían al flexionarlas y los músculos de los muslos no lo sostenían bien, le dio miedo desplomarse hacia atrás y que se le cayeran los *gyros* calientes sobre el pecho. Ya va siendo hora de que me ponga a hacer ciclismo o senderismo, o de que me apunte al gimnasio, pensó, como cada vez que tenía que enfrentarse a un asiento demasiado bajo.

Siguió con la mirada a Tamara, que llevó a T.J. de la mano hasta la pequeña fuente donde los bañistas se lavaban los pies. Se preguntó cómo no le daba vergüenza caminar bajo el sol tan desnuda entre toda esa gente. La primera vez que hicieron el amor, Tamara se negó a quitarse el sujetador, y eso que su físico era cien veces mejor que ahora. Tres días a la semana hacía pilates, pero sin resultado. De todas las cualidades físicas que a Toni le habían parecido atractivas, solo le quedaban la flexibilidad y el hecho de que hacía mucho ruido en la cama.

—Huele bien —le dijo Tamara mientras se sentaba en la tumbona de enfrente con T.J., a quien colocó a la sombra. Ella quedó con casi toda la espalda y las piernas expuestas al sol.

Bien hecho, pensó Toni, estás demasiado blanca.

—Venga, quítame los bocadillos de las manos —dijo Toni, distraído—. Estoy todo pringado de grasa y encima me he quemado los dedos —se quejó, buscando con la mirada un sitio en la tumbona donde pudiera dejarlos. El olor le daba náuseas. Por un lado, se le hacía la boca agua, pero por otro se le revolvían las tripas por el tufo penetrante de la salsa de tomate caliente mezclada con la carne de cerdo y la cebolla.

—¡Soy un tiburón! —dijo T.J., entrechocando sus diente-cillos cariados y enseñándoselos a Tamara.

—Ahora ese tiburón le va a dar un mordisco a la carne —le contestó ella tras recoger dos *gyros* y dejar uno en su regazo para alimentar con el otro a T.J. Empezó por meterle un trocito de patata en la boca—. ¡Pero este tiene cebolla! —dijo al instante, sacando una rodaja y lanzando una mirada de alarma a Toni—. ¿Son de pollo?

—¡No quiero cebolla! —chilló el niño.

—No te preocupes, quitamos la cebolla —le respondió Tamara con ternura.

—No había pollo, solo cerdo —dijo Toni, y empezó a comer con cuidado su bocadillo. Hambriento como estaba, se le escapó una gota de saliva y le cayó sobre el muslo.

—¡No quiero cebolla! —repitió T.J. con tono lastimero.

—Pero si sabes perfectamente que no como cerdo —le dijo Tamara.

—Pues no comas —repuso Toni y, un poco más relajado, siguió mordisqueando el *gyros*.

Tamara lo miró como un mendigo en la calle. Así es como solía conseguir que él se arrepintiera del trato que le daba. Ya se había percatado de que las palabras eran inútiles y de que solo con la mirada podía hacerle entender que la había ofendido gravemente. Si le mostraba su enfado, Toni la castigaba de forma aún más severa. Pero en ese instante Toni tenía demasiada hambre y calor como para sentir el más mínimo asomo de lástima.

—Si tú misma has dicho que deberías comer menos porque has vuelto a engordar —le espetó.

Tamara dejó el *gyros* de T.J. en la toalla a su lado y se puso de pie.

—Me voy al agua —dijo, y entró en el mar con pasos rápidos.

—No quiero cebolla... —dijo T.J. con voz llorosa.

—Oye, hijo —dijo Toni con la boca llena—. Este *gyros* está muy bueno. La cebolla la puedes sacar y tirarla. Tú ya eres grande, ¿no?

T.J. no contestó, tan solo torció la boca como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—¿Quieres que te crezca el pajarito? —dijo Toni, mirándolo con un reproche burlón—. Quieres, ¿no?

—Sí, quiero —gimió T.J.

—Pues come para que te crezca grande grande —dijo Toni, levantando muy alto la mano libre—, ¡hasta el cielo!

Mirando a T.J. a los ojos, dio otro mordisco, con lo que su *gyros* casi desapareció.

—Venga, que yo te vea comer solo. Ya eres grandote —dijo levantándose con esfuerzo y ofreciéndole el *gyros* que Tamara había dejado en la toalla.

T.J. lo cogió torpemente con las dos manos y empezó a comérselo; después metió los dedos dentro y sacó un trocito de patata. Todavía tenía la boca torcida como si estuviese a punto de echarse a llorar.

—A ver, coge un poco de carne —le animó su padre, y después, con el índice y el pulgar, sacó del papel pringoso lo que le quedaba del *gyros* para comérselo. Una de las mejillas se le hinchó como si tuviese una pelota de *ping-pong* debajo.

T.J. sacó un trocito de carne del *gyros* y se lo llevó a la boca con cautela.

Toni miró al mar para ver si localizaba a Tamara: lo hizo sin problema, porque ella nadaba con la cabeza siempre fuera del agua, como una abuelita que no quería mojarse el pelo cardado. Sabía que no tenía el valor de adentrarse en el mar para asustarlo, y eso le provocó un desprecio aún mayor, que lo llevó a coger el *gyros* de Tamara y comérselo.

A ver, pensó, Tamara ha vuelto a engordar bastante, y eso para una mujer de más de cuarenta es como una sentencia de muerte. Tendría que dejar de comer pan, patatas y carne roja, además de la salsa de tomate, que llevará de todo: aditivos, azúcares y a saber qué más. En realidad, se decía Toni, le he hecho un favor a mi mujer, quiero decir, a mi chica, haciéndola

enfadar tanto que ha decidido irse a nadar en vez de zamparse el *gyros* entero. Primero, es más bajita que yo; segundo, yo soy un hombre y tendría que comer al menos el doble que ella, no solo un bocata y la mitad del otro que va a dejar el niño, manoseado y cubierto de saliva, mientras ella se zampa casi uno entero. Además, yo soy casi dos veces más corpulento, así que le he hecho un gran favor. Que nade, a ver si se le aprieta un poco el culo, porque, como siga así, le va a llegar al suelo, y entonces no se podrá hacer nada, discurría mientras masticaba.

—¡Ay! ¡Me van a picar! —T. J. lo sacó de sus pensamientos. Se había enderezado, asustado por unas avispas reunidas a sus pies en torno a un pequeño montículo de sobras del *gyros*—. ¡Papá, no quiero más! —gritó, pasándole el bocadillo destrozado.

—Hay que ver la que has liado, renacuajo —dijo Toni, echando arena con el pie sobre los restos de comida—. Ve a lavarte las manos en el agua y te pongo dibujos animados, anda —añadió, dándole vueltas al *gyros* de su hijo para ver si se podía salvar.

T. J. asintió entusiasmado y corrió hacia el mar, donde se puso en cuclillas a la espera de que las olas le mojaran las manos; luego las frotó concienzudamente en el agua salada y, por último, se lavó la cara como una pequeña nutria. El ruido del oleaje rompiendo en la orilla fue absorbiendo poco a poco el griterío de la playa, y unos nubarrones negros se aproximaron desde el horizonte. Toni recorrió la superficie del agua con la mirada en busca de la cabeza de Tamara: la descubrió nadando deprisa hacia donde estaban T. J. y él, contra las olas que la habían arrastrado lejos de allí. En ese instante vio a las dos muchachas que se había encontrado en el Porky's: caminaban con despreocupación por la arena, recogiendo guijarros y conchas. Ambas fumaban, llevaban gafas de sol y, ahora, sendos pareos multicolores traslúcidos que les cubrían los hombros. La bajita con los pechos más grandes y el bikini rosa tenía un sombrero de ala ancha y una cinta de varios colores, a juego con el pareo. No importa que sea bajita y rechoncha —pensó Toni al examinarla, dejando el *gyros*

semidesintegrado de T.J. sobre la toalla a su lado—, cómo me gustaría sentármela en la polla...

En ese instante, T.J. se levantó y corrió hacia su padre, pero se chocó con la chica del bañador amarillo limón. Ella se tambaleó, mientras que el niño cayó a los pies de la más bajita.

—*Watch out, little guy*¹² —le dijo la chica con acento norteamericano, agarrándolo del codo para ayudarlo a levantarse.

Toni se levantó con esfuerzo de la baja tumbona y se encaminó despacio hacia ellos, sacando pecho y metiendo la barriga, contento de tener la oportunidad de acercarse a las chicas gracias al niño, a quien solía utilizar con frecuencia para ligar, paseándolo como a un perrito por el Parque de la Ciudad de Skopie los fines de semana.

—*What do we say to beautiful ladies, T.J.?*¹³ —le preguntó a su hijo.

T.J. lo miraba con la boca abierta, manteniendo las manos —totalmente cubiertas de arena— lo más lejos posible del cuerpo, como si le dieran asco.

—*Come on, what do we say to beautiful, very beautiful ladies?*¹⁴ —repitió Toni, hinchándose aún más. Se pasó la lengua por la dentadura para asegurarse de que seguía en su sitio, sonrió con picardía y metió aún más la barriga.

—*Ciao, bella!* —sonó la vocecita de T.J.— *Scusi, bella!* —añadió mirando a su padre.

Las dos chicas sonrieron.

—*Oh, what a cutie!*¹⁵ —dijo la del bañador amarillo limón.

—*Just like his father*¹⁶ —dijo Toni guiñando un ojo, sin percatarse de que no tenía sentido porque llevaba gafas de sol.

12. «¡Ten cuidado, pequeño!» (Toda la conversación que sigue está en inglés.)

13. «¿Qué les decimos a las mujeres guapas, T.J.?»

14. «Venga, ¿qué les decimos a las mujeres muy muy guapas?»

15. «Ay, ¡qué mono!»

16. «Como su padre.»

—*Bye, little guy!*¹⁷ —gritó la bajita.

—*Have a good day!*¹⁸ —dijo la del bañador amarillo limón.

Las dos siguieron su camino por la playa y se alejaron.

Mirando a hurtadillas los tersos culos de las dos jóvenes, Toni se agachó y le dijo a T.J. en voz baja:

—¿Y cómo les decimos a las tías en el parque?

T.J. se quedó un rato pensando y después, agitando la sucia mano, gritó:

—¡Adiós, tías!

Pero las chicas no le oyeron. Solo el humo apenas perceptible de sus cigarrillos permaneció un rato en el aire a su alrededor. Toni cerró los ojos un instante, aspirando profundamente la brisa marina, mezclada con el humo de tabaco y el olor a crema solar, y sintió que lo invadía una sensación placentera similar a la excitación o al amor. Se enderezó, exhaló y volvió a abrir los ojos. Vio a Tamara frente a él, fría y húmeda como una sepia, apretándose los pechos con las manos para escurrir el agua del relleno del bañador. Miraba a Toni a los ojos con el ceño fruncido, jadeando. Era evidente que estaba enfadada.

—Tienes una piel de tomate entre los dientes —le dijo y, tras volver a escurrirse el agua de los pechos, añadió—: Y una mancha en la barbilla.

—Ja, ja, ja —se rio T.J.—. Papá tiene una piel de tomate.

Toni dejó de sonreír, pero no hizo nada para quitarse la piel o limpiarse la barbilla: no iba a darle ese gusto a Tamara.

—Tengo hambre —dijo ella—. ¿Dónde has dejado el dinero?

—¿El cambio? —preguntó Toni, ahora ya limpiándose la barbilla con el dorso de la mano.

—Sí, lo que tenías en el bolsillo.

—Me lo he gastado —respondió él, pasándose la lengua por los dientes sin sentir ninguna piel de tomate.

17. «¡Adiós, pequeño!»

18. «¡Que tengas un buen día!»

—¡Pero si eran más de quince euros! —dijo Tamara—. ¿Cómo es posible que te los hayas gastado?

—¿Qué te crees, que hemos vuelto al pasado? Todo está por las nubes, no te hagas la tonta —le mintió.

Los dos se dirigieron a las tumbonas, enfadados, y T.J. los siguió.

—Me voy a casa a comer —dijo Tamara furiosa, envolviéndose con la toalla y recogiendo su bolsa.

—¡Yo también quiero a casa! —gritó T.J.

—Vete a casa con Tamara a ver dibujos animados en la tablet —dijo Toni, bajando el cuerpo con cuidado antes de sentarse en la tumbona—. Yo me quedo aquí. ¿Quieres el *gyros* que ha dejado el niño? —preguntó señalando con la mano hacia la toalla donde yacía el bocadillo a medio comer de T.J.

Tamara ni se dignó mirar a Toni. Tenía los ojos fijos en la bolsa, donde estaba recogiendo apresuradamente las cremas solares, la toalla de T.J. y unos cuantos juguetes. La barbilla empezó a temblarle ligeramente. Ahora, para colmo, se hará la víctima, pensó Toni, asqueado.

—Pues, si no lo quieres, para mí —dijo recogiendo el *gyros* de la toalla, en la que quedó una mancha grasienta.

Tamara se colgó los flotadores de T.J. en el brazo izquierdo mientras con la mano derecha tomaba al niño de la mano, y los dos se marcharon con pasos rápidos en dirección a las tres filas de edificios blancos.

Durante unos minutos, Toni estuvo completamente absorto en la tarea de terminarse el *gyros* de T.J. y, en cuanto acabó de masticar el último bocado, en su memoria volvió a aparecer la imagen de las dos jóvenes que se paseaban por la playa fumando. Se acordó de que tenía un paquete en el que quedaba un cigarrillo y la boca se le hizo agua al pensar en ese placer. Se levantó de la tumbona con un quejido, hurgó en el bolsillo de los pantalones que colgaban bajo la sombrilla, sacó el paquete de tabaco y el mechero y, tras un par de intentos fallidos,

volviendo la ancha espalda al viento, consiguió encender el cigarro antes de acostarse de nuevo. Miraba el cielo azul y fumaba. Mar, cielo, tías, vida, pensó.

* * *

Saciado y solo, Toni tuvo una agradable sensación de felicidad y se durmió enseguida. Soñó que estaba en el establecimiento de *gyros* y que la chica del bañador amarillo limón le llenaba el pan de pita con tomates y cebollas. «No seas tacaña —le dice él—, ponme un poco de carne.» «Imposible», le contesta la chica, mirándolo. Tiene un ojo completamente blanco, sin iris ni pupila. «Te faltan los dientes, te los has tragado», añade ella. Toni se tantea con la lengua la mandíbula superior, pero no siente más que las encías. «Si sueñas que te has tragado un diente, eso quiere decir que pronto morirás», le dice la muchacha. «Como mi padre», contesta Toni, mirando el mostrador con las ensaladas. Pero allí ya no están los recipientes de aluminio con tomates, cebolla, patatas o *tzatziki*: detrás de la vitrina yace el cadáver de su padre, Andon. La joven está inclinada sobre él, con la palita medio estropeada de T.J. Pero el que está ahora allí ya no es Andon, sino el mismo Toni. La chica empieza a echarle paladas de arena sobre la cara y a escupirle. Toni quiere decirle que pare, pero no puede moverse. La boca se le llena de tierra, en la tienda resuena el «Kyrie» del *Réquiem* de Mozart y el zumbido atronador de un enjambre de avispas. «Kyrie!», grita alguien. «Kyrie!»¹⁹

Toni consiguió despegar los párpados a duras penas y enseguida se dio cuenta de que tenía la boca abierta y reseca. Al cerrarla, sintió el crujido de granitos de arena entre los dientes. Ah, bueno, están todos en su sitio, pensó al abrir completamente los ojos. Por encima de su cabeza vio una oscuridad

19. En griego: «¡Señor!».

densa. Se dio cuenta de que tenía las gafas de sol puestas y, al quitárselas, descubrió que el mar y el cielo habían adquirido un color morado, fundiéndose en uno. Soplaban un viento fuerte y en la playa no quedaba nadie, salvo un muchacho bajito que estaba recogiendo la tumbona de al lado y le gritaba: «*Panteloni, panteloni!*», señalando con el dedo en dirección a algo grisáceo que rodaba por la arena. Levantó la mirada hacia la sombrilla de paja, que parecía a punto de desprenderse y salir volando, y vio que sus pantalones habían desaparecido. Se levantó tambaleándose y corrió tras ellos, pero eran más rápidos que él. De pronto se detuvieron como a propósito, pero luego, con un movimiento que parecía planificado, saltaron al mar y empezaron a revolcarse en la espuma de las olas.

Toni fue a la carrera hasta la orilla y se quedó pensando si debía lanzarse en busca de sus pantalones. Entre los silbidos del viento, oyó gritos de pánico:

—*Oji, oji!*²⁰ —vociferaba el muchacho bajito que recogía las tumbonas. Había dejado una a sus pies en la arena y le hacía señas enérgicas, formando una X con los dos brazos y dando brincos.

—Está bien, muchacho, no voy a tirarme al agua —dijo Toni, pero su voz se perdió en el rugido del mar junto con sus pantalones, que desaparecieron entre la furiosa espuma.

Se dio la vuelta y, forcejeando contra el viento, regresó a su tumbona, pero solo encontró una de las chanclas, enterrada bajo la arena. ¿Qué tendría en los bolsillos del pantalón?, se preguntó. El teléfono... no, estaba en la bolsa de Tamara, menos mal. Dinero, gracias a Dios, no tenía. Las gafas... ¡sí, las gafas! En los próximos días no podría ver nada de cerca. Aunque, en realidad, qué más da, pensó, si de todas formas no tenía la intención de leer libros. Me quedan un par de pantalones cortos, pero lástima por los que acabo de perder, me sentaban

20. En griego: «¡No, no!».

de puta madre. Esto último lo dijo en voz alta y se encaminó hacia los edificios con la chancla en la mano. Su apartamento estaba en la tercera fila —la de más atrás—, con vistas al aparcamiento de una tienda de tuberías y materiales para baños. El viento rugía a su alrededor, mientras una lluvia fina, fría y penetrante empezaba a azotar su cuerpo desnudo.

* * *

En el pequeño apartamento se entraba por detrás del edificio. A la hora de hacer la reserva, Tamara le dijo que había encontrado un buen alojamiento en la planta baja, pero cuando llegaron se encontraron con que «planta baja» quería decir simplemente que antes había servido de garaje. La puerta de entrada era corrediza, de sólido vidrio mateado con un marco de plástico, y la llave entraba con dificultad en la cerradura barata. Aunque el sitio se llamaba «apartamento», en realidad se trataba de una habitación con un baño minúsculo en el que había una cabina de ducha, con barras improvisadas para una cortina que se te pegaba al cuerpo, un lavabo no más grande que la mano de Toni y un inodoro más bajo de lo normal, de manera que, cuando la primera mañana Toni se sentó para hacer sus necesidades, las rodillas le tocaban la barbilla. Justo al lado del baño, el casero había instalado algo que hacía las veces de cocina, con dos aparadores por encima del fregadero y, debajo, un tubo de desagüe, un cubo de basura y cuatro cajones. En la encimera, sobre los cajones, había un hornillo torcido y un artefacto eléctrico que en la descripción del alojamiento figuraban respectivamente como *stove* y *coffee pot*. Había también un frigorífico junto a un sofá para dos personas con brazos de madera aglomerada tapizada, muy desagradable al tacto. En el anuncio, el sofá se presentaba como una tercera cama, pero el único que cabía y podía dormir allí era T.J. En la pared sobre el frigorífico había un plato azul decorativo con un barco en un mar agitado y, debajo, un